

JOAN Y LOS PÁJAROS



Mónica Rodríguez

Ilustraciones de Federico Delicado



editorial
MILENIO

© del texto: Mónica Rodríguez, 2022
© de las ilustraciones: Federico Delicado Gallego, 2022
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L., 2022
C/ Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-9743-971-8
DL: L 307-2022
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Editorial Milenio

A Jaume

Parte 1

Barcelona

Editorial Milenio

El colegio



Cada mañana Joan arrastraba los pies por las estrechas callejuelas de su barrio en dirección al colegio. A veces se detenía y veía pasar la sombra de un pájaro o un papel de periódico llevado por el viento. Si había llovido, contemplaba los trozos de cielo en los charcos, como si estuviera al borde de un abismo. Entonces saltaba dentro y un segundo antes de que sus zapatos rompiesen el charco, sentía que iba a caer al interior de un pozo luminoso y que ya nada iba a detenerle.

En el Carrer de la Ciutat Joan levantaba la cabeza y aminoraba el paso. Le gustaba ver el cielo, recortado por los tejados y los aleros, lo mismo que un río repleto de bandadas de nubes. Si veía una gaviota era señal de buena suerte.

A veces chocaba con algún transeúnte o escuchaba las carreras de otros niños. Él cerraba los

ojos; en sus párpados aún permanecía esa hilera de cielo y sus pájaros.

El aire traía olor a puerto.

A pesar de lo cerca que se encontraba la Academia Marqués de su casa, Joan siempre llegaba tarde. La escuela era diminuta y estaba situada en el primer piso. Él corría a sentarse en su pupitre y con su cara pálida y sus ojos asombrados miraba el mapa geográfico o la pizarra que el profesor Marqués señalaba. El profesor Marqués tenía una larga barba partida en dos y una palmeta con la que solía dar correazos en las manos a los niños.

Siempre acababa regañándolo. Aquel día no fue una excepción.

—¡Joan, usted no solo llega tarde sino que se pasa la mañana ensimismado! A ver, sitúeme en el mapa la cordillera Penibética.

El niño, más pálido que de costumbre, miró con terror aquel mapa ocre, lleno de recovecos y afluentes. El color adquiría una tonalidad más fuerte en algunos lugares mientras que en otros se cuarteaba y se esparcía. Lo que más le gustaba a Joan de aquel mapa era el azul del mar que rodeaba la península ibérica y la isla de Mallorca donde vivía su abuela

Josefa. Un azul verdoso que imitaba el leve batir de una marea. Cuánto le habría gustado a Joan subirse a un barco y recorrer aquel mar azulado para visitar a su abuela, ahora más sola que nunca después de la muerte del abuelo Josep. Nunca se había subido a un barco. Se lo imaginó con una vela grande y triangular que sonaba contra el viento. Varios delfines saltaban cerca de su proa, dejando sobre el mar una estela blanca y espumosa. Las gaviotas embarullaban el cielo y, a lo lejos, se veía el perfil terroso de la isla y a su abuela, en lo alto, pequeña y afable, saludándole.

—¡Joan, quiere hacer el favor de contestar a mi pregunta! —gritó el profesor aporreando la mesa con la palmeta.

El niño salió de su ensoñación, sobresaltado, y reconoció con angustia la clase y al profesor Marqués, que le miraba impaciente. Levantó el brazo, sacó un dedo enfermizo y largo, y con él señaló cualquier lugar del mapa. El maestro aprovechó para golpear aquel dedo con su palmeta.

Las risas de los niños se sumaron al escozor del golpe.

—¡Suspenso! —gritó el profesor Marqués, rojo de ira. Arrancó un papel en el que había garaba-

teado una nota sobre su mal rendimiento en el colegio y se la dio al chico—. ¡Para tu padre!

Joan tragó saliva. Su padre se iba a enfadar mucho. Se lo imaginó mirándole desde la severidad de sus ojos negros, bajo las espesas cejas, rizándose aún más el poblado y ensortijado bigote.

—¡Orden y método, Joan! —le diría, como tantas veces—. Eso es lo que necesitas. Y tener la cabeza bien puesta sobre los hombros y los pies en el suelo. Mírame a mí. Un hombre que se hizo a sí mismo, que salió del campo y se labró su futuro. ¿Cómo? ¿Con orden y método, Joan! Trabajando y disfrutando de las tareas bien hechas. No teniendo la cabeza llena de pájaros como tú.

Sintió que algo muy dentro se le quebraba cuando guardó el papel en el bolsillo de su pantalón. Ni siquiera le dolía el dedo golpeado porque su dolor era más profundo. No tardó en sonar el timbre que anunciaba el cambio de clases y el corazón de Joan sintió un alivio repentino, como una corriente de viento, como el canto de un pájaro. Porque aquel timbre anunciaba el principio del mejor momento del día.

Su clase de dibujo con el señor Civil.

La clase de dibujo



Durante las clases de dibujo todo desaparecía. No existía nada que no fueran aquellas pinturas y los pinceles, el lápiz bien afilado, la hoja olorosa y granulada o los cuidadosos trazos de su mano sobre ella.

Antes de comenzar a dibujar, Joan seguía un ritual minucioso. Pensó que aquella era la única tarea en la que él podía ser ordenado y metódico como decía su padre. Se lavó concienzudamente las manos, con lentitud, saboreando el momento que estaba por llegar. La toalla del lavabo era áspera y estaba húmeda por lo que se acabó frotando las manos con su camisa hasta que sus dedos huesudos y blancos estuvieron completamente secos. Miró con devoción los tarros de pintura y el cuaderno que Civil había dejado preparado sobre la mesa. Afiló un lápiz y sopló para que las virutas no mancharan el papel. Respiró hondo,